

En *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires (Argentina): Universidad de Buenos Aires / Ediciones del Signo.

Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico.

Augusto Gayubas.

Cita:

Augusto Gayubas (2006). *Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico*. En *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires (Argentina): Universidad de Buenos Aires / Ediciones del Signo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/augusto.gayubas/13>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pdv4/YN2>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Campagno, Marcelo

Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto / Marcelo Campagno ; compilado por Marcelo Campagno – 1ª ed. – Buenos Aires : Del Signo, 2006.
228 p. ; 22.5x15.5 cm.

ISBN 987-1074-37-9

I. Historia Antigua I. Campagno, Marcelo, comp. II. Título
CDD 932

Diseño de tapa e interior: Gabriela Cosin

Idea de tapa: Marcelo Campagno

Imagen de tapa: Dibujo de Marcelo Campagno sobre foto de Rudolf Lehnert, *Giza während des Hochwassers*, 1923.

Foto de contratapa: gentileza del diario Página 12.

© Ediciones del Signo, 2006

Julián Álvarez 2844 - 1º A

Buenos Aires - Argentina

Tel.: 4804-4147

edicionesdelsigno@arnet.com.ar

© Facultad de Filosofía y Letras - UBA - 2006

Puán 480 - Buenos Aires - República Argentina

ISBN 10: 987-1074-37-9

ISBN 13: 978-987-1074-37-2

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de abril de 2006.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de la publicación incluido el diseño de cubierta puede ser reproducido, almacenado o transmitido de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, electroóptico, grabación, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto

Marcelo Campagno, editor

COLECCIÓN RAZÓN POLÍTICA

Ediciones del *signo*

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE HISTORIA ANTIGUA ORIENTAL
"DR. ABRAHAM ROSENVASSER"



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

www.filo.uba.ar

DECANO

Dr. Héctor Hugo Trinchero

VICEDECANA

Dra. Ana María Zubieta

SECRETARIA ACADÉMICA

Mg. Silvia Llomovatte

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN

Lic. Carlos Cullen Soriano

SECRETARIO DE POSGRADO

Lic. Claudio Guevara

SECRETARIO DE SUPERVISIÓN ADMINISTRATIVA

Lic. Enrique Zylberberg

SECRETARIA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL

Lic. Renée Girardi

SECRETARIO GENERAL

Lic. Jorge Gugliotta

COORDINADORA EDITORIAL

Julia Zullo

INSTITUTO DE HISTORIA ANTIGUA ORIENTAL
"DR. ABRAHAM ROSENVASSER"

www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/antoriental/home/htm

DIRECTORA

Dra. Alicia Daneri de Rodrigo

SECRETARIO

Dr. Marcelo Campagno

BIBLIOTECARIA

Eugenia A. de Borgogno

PROGRAMA DE ESTUDIOS SOBRE LAS FORMAS DE SOCIEDAD Y LAS
CONFIGURACIONES ESTATALES EN LA ANTIGÜEDAD

www.pelscea.co.nr

CO-DIRECTORES

Dr. Marcelo Campagno - Dr. Julián Gallego - Dr. Carlos García Mac Gaw

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
<i>Marcelo Campagno</i>	
DE LOS MODOS DE ORGANIZACIÓN SOCIAL EN EL ANTIGUO EGIPTO: LÓGICA DE PARENTESCO, LÓGICA DE ESTADO	15
<i>Marcelo Campagno</i>	
GUERRA, PARENTESCO Y CAMBIO SOCIAL EN LAS SOCIEDADES SIN ESTADO DEL VALLE DEL NILO PREHISTÓRICO	51
<i>Augusto Gayubas</i>	
JEFATURA Y PARENTESCO EN NAGADA I. UNA APROXIMACIÓN A LA DISPERSIÓN DE LAS CERÁMICAS DECORADAS DEL TIPO C	75
<i>Ana Isabel Navajas</i>	
LISTAS REALES, PARENTESCO Y ANCESTRALIDAD EN EL ESTADO EGIPCIO TEMPRANO	95
<i>Josep Cervelló Autuori</i>	
CONSIDERACIONES SOBRE EL PAPEL Y LA IMPORTANCIA DE LA FAMILIA EXTENSA EN LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DE EGIPTO EN EL III MILENIO ANTES DE CRISTO	121
<i>Juan Carlos Moreno García</i>	
ESTADO, TRABAJO Y TRABAJADORES EN EL ANTIGUO EGIPTO: EL REINO MEDIO (2055-1650 A.C.)	147
<i>Juan Ferguson</i>	
REYES Y "PARIENTES" EN LA ÉPOCA DE EL AMARNA EN PALESTINA	167
<i>Emanuel Pfoh</i>	
LENGUAJE DEL PARENTESCO Y SISTEMAS SEGMENTARIOS EN LA PERIFERIA DE EGIPTO: EL CASO DE JORDANIA Y EL NEGEV EN LA EDAD DEL HIERRO II	189
<i>Juan Manuel Tebes</i>	
CRIMEN Y CASTIGO EN "LA CONTIENDA ENTRE HORUS Y SETH"	211
<i>Marcelo Campagno</i>	

namiento de dichas sociedades. En efecto, las posturas hegemónicas en el estudio de las sociedades prehistóricas del valle del Nilo y de la emergencia de jefaturas se sostienen sobre una percepción de las sociedades sin Estado como congénitamente pacíficas, o como sociedades en las cuales la guerra (un tipo de guerra que se adivina casi inofensiva) no juega ningún rol social transformador, al menos hasta que las jefaturas se han consolidado. Es así que muchos autores optan por explicaciones basadas en el consenso e ignoran el estudio de la guerra en las sociedades previas al surgimiento de jefaturas en el valle del Nilo, y en consecuencia restan toda implicación a la guerra en la emergencia de liderazgos instituidos y en la estructura propia de las sociedades de jefatura.

Por ejemplo, Kathryn A. Bard, en un artículo de 1989, propone que en las sociedades del Alto Egipto surge (de modo pacífico) una élite administradora (que administra el intercambio y la producción y redistribución interna) hacia Nagada I (4000-3500 a.C.) como *consecuencia* del intercambio de materias primas con otras sociedades a menudo lejanas, para la producción local de bienes artesanales que, guiándonos por la evidencia y por la lógica que gobernaba los intercambios en el período estudiado, debía tratarse mayormente de bienes de prestigio para la élite. En efecto, las sociedades eran autosuficientes y los bienes y materiales lejanos —a los que se refiere Bard— serían importados con el objetivo de realzar el prestigio de los miembros de la élite como detentadores de bienes exóticos y de difícil acceso para el común de la población¹. Sin embargo, la duda que aflora es cómo puede una élite surgir *del* intercambio de materiales destinados a la producción de bienes de prestigio si estos bienes sólo tienen sentido cuando ya existe una élite que los demanda para sostener su prestigio. En otro trabajo², Bard sostiene que la élite surge del intercambio y que en un momento determinado decide usar algunos de los bienes importados como bienes de prestigio. Aun así, la autora reconoce que “no se han identificado patrones específicos de especialización e intercambio en bienes mortuorios predinásticos”³. Permítasenos agregar que tampoco han sido identificados patrones claros de redistribución de bienes agrícolas para el

1. Cf. Bard, 1989, 224-225. La autora reconoce en otro trabajo que en estas sociedades, el intercambio se llevaba a cabo “para satisfacer las necesidades de una élite [...], y no para suministrar recursos básicos faltantes en el medio ambiente local” (Bard, 1994, 107-108). La traducción es mía. Cf. también Gilbert, 2004, 26.

2. Cf. Bard, 1994, 107-108.

3. Bard, 1994, 114. La traducción es mía.

período Predinástico salvo en unos pocos casos (como el “probable” granero comunal de Kom K en la zona del Fayum), predominando la evidencia de pequeños silos domésticos que sugieren una clara autosuficiencia de los hogares sin intromisión de líderes redistribuidores⁴. Este dato pone en cuestionamiento también la hipótesis según la cual la economía excedentaria (cuyo surgimiento no se explica realmente) habría conducido a la existencia de distribuidores que “en algún punto” se habrían vuelto apropiadores del excedente y “finalmente” jefes⁵.

La postura de Fekri Hassan tiene algunos puntos de contacto con el pensamiento de Bard. Este autor también postula la emergencia de una élite netamente administrativa en el valle, y en su caso la relaciona con la organización de los recursos agrícolas (actividad surgida de la necesidad de disminuir los efectos de las fluctuaciones agrícolas) y con algún tipo de especialización artesanal⁶. De acuerdo con Hassan, son la sedentarización y “una vida plenamente agrícola” las que sientan la base para el surgimiento de esta élite administrativa, que se legitimará mediante las creencias y el simbolismo asociados al culto funerario y a una superioridad ritual manifestada en la posesión de bienes de prestigio. Sin embargo, como mencionamos anteriormente, la falta de evidencia de algún tipo de gestión agrícola dirigida y, por el contrario, la evidencia de silos pequeños que sugieren una economía autoorganizada por las propias unidades domésticas, no permiten sostener la existencia de esta élite administradora de bienes agrícolas. Algo similar podría decirse de la propuesta de Michael A. Hoffman, quien, en base a la evidencia de especialización artesanal en Hieracómpolis, concluye que es a partir de la producción artesanal y del intercambio que surgen líderes o jefes en la comunidad⁷.

Desde luego, no descartamos que en algún punto posterior a su institucionalización (aunque no podemos saber en qué punto) los líderes se encargaran de administrar el intercambio y la producción artesanal. Tampoco podemos descartar que en algunas sociedades dentro del vasto universo que es el valle del

4. Apunta Fattovich que “el incremento de la agricultura [...] probablemente no afectó el surgimiento de jefaturas [en el Alto Egipto]. De hecho, la agricultura aumentó probablemente sólo durante Nagada II, cuando las jefaturas ya existían” (Fattovich, 1984, 52). La traducción es mía. Cf. Savage, 2001, 114.

5. Bard, 1992, 16.

6. Cf. Hassan, 1988, 159-163, 165, 170.

7. Cf. Hoffman, 1982.

Nilo predinástico, los líderes estuvieran realmente comprometidos con las tareas administrativas. Pero lo cierto es que no hay evidencia temprana en el valle del Nilo de un tipo de producción artesanal que requiera, para su administración, de la actividad reguladora de un jefe. Como sostiene Fattovich en su análisis de las sociedades predinásticas del valle, "*la manufactura de herramientas domésticas y otros bienes [entre los cuales incluye a los bienes de prestigio] era probablemente individual o restringida a los miembros de las unidades domésticas*"⁸, conclusión que fundamenta no sólo en la evidencia arqueológica específica de los sitios excavados (un tipo de producción artesanal no especializada, que recién hacia fines de Nagada I comenzaría a ser sustituida por lo que se puede considerar un tipo de producción especializada y por lo que el autor considera centros manufactureros especializados), sino también recurriendo al ejemplo de sociedades contemporáneas registradas etnográficamente⁹. No obstante, Fattovich llega a vincular el surgimiento de jefaturas con un incremento en el intercambio de bienes exóticos y, consecuentemente, en la producción artesanal. Lo que Fattovich, al igual que Hoffman, no toma en consideración, es la necesaria preexistencia de un liderazgo instituido, respecto del intercambio de bienes exóticos que sólo adquieren sentido como bienes de prestigio que realzan la figura de un jefe ya constituido. Y lo que Fattovich no hace es explicar, por otro lado, cómo una práctica pacífica como el intercambio genera una transformación tan radical como es el surgimiento de un jefe y la constitución de una sociedad de jefatura, cómo un tipo de relación de intercambio puede elevar a un individuo a la categoría de jefe, ni por qué este individuo será posteriormente representado con ciertos atavíos y actitudes ligados a prácticas de cacería y de guerra y no asociado con prácticas de intercambio y de producción artesanal. Resulta significativo que Fattovich, que reconoce a lo largo de su artículo que las condiciones para la emergencia de líderes se dan en la cacería mayor (práctica ligada a la destreza, el valor, la fuerza, la estrategia y la capacidad de dirección, todos ellos atributos necesarios de un líder guerrero)¹⁰, concluya adhiriendo a la interpretación del líder administrador de intercambios.

8. Fattovich. 1984. 41.

9. Cf. Fattovich. 1984. 38. Respecto de las sociedades relevadas por la etnografía. cf. Sahlins, 1983 [1974].

10. Cf. Fattovich. 1984. 38. 41. 44. Sobre la relación física existente entre la cacería y la guerra. cf. LeBlanc y Register. 2004. 90-91. Para la situación específica en el valle del Nilo. cf. Gilbert, 2004. 25-26 y 84-86. Sobre el jefe de caza ocupando un lugar relevante en la sociedad. cf. Midant-Reynes. 1992. 174; Campagno, 1998b, 31-32.

La preponderancia de la guerra en las sociedades sin Estado y su papel en la definición del parentesco

Este tipo de posiciones analíticas sobre el valle del Nilo prehistórico que parte, como decíamos, de una percepción de las sociedades sin Estado como intrínsecamente pacíficas, entra en conflicto con un buen número de estudios antropológicos y sociológicos desarrollados en los últimos veinticinco años, que han permitido establecer un patrón guerrero casi universal en las sociedades sin Estado tanto antiguas y prehistóricas como contemporáneas¹¹. Se trata de una serie de estudios comparativos, análisis etnográficos, arqueológicos e históricos *integrados*, que han promovido la construcción de modelos sociológicos sobre la guerra fundamentados en valores estadísticos. En 1980, J. Jorgensen estableció que, sobre 157 sociedades sin Estado indias del oeste de los Estados Unidos, el 87% hacía regularmente la guerra, mientras casi un 9% participaba en actividades bélicas cada dos o más años. En 1983, M. Ross determinó que, sobre 90 sociedades estudiadas a lo largo y ancho del planeta, el 87% (nuevamente) entablaba guerras con frecuencia. A su vez, demostró que las sociedades sin guerra registradas etnográficamente, son en su mayoría producto de la pacificación de la administración europea. El otro gran modelo estadístico es el realizado por Keith F. Otterbein, quien, sobre una base de 50 sociedades de todas partes del mundo, concluyó que el 90% de estas sociedades hacía frecuentemente la guerra, y el 10% restante no era ajeno totalmente a este tipo de conflicto. El análisis estadístico combinado con estudios específicos (tanto etnográficos como arqueológicos) permitió considerar el notable papel jugado por la guerra en las distintas sociedades estudiadas, y conllevó en muchos casos la revaloración del concepto de guerra para comprender la dinámica de las sociedades sin Estado en contextos (espaciales y temporales) específicos.

Esta preponderancia de la guerra en las sociedades sin Estado registradas tanto etnográfica como arqueológicamente, nos obliga a considerar seriamente las conclusiones del antropólogo francés Pierre Clastres, derivadas del estudio minucioso de la evidencia etnográfica previamente recogida y de los resultados de su propia investigación de campo. Sostiene Clastres que "*no se puede pensar la sociedad primitiva sin la guerra que, como dato inmediato*

11. Cf. fundamentalmente Jorgensen. 1980; Ross, 1983; Otterbein, 1989; Clastres. 1996 [1980]; Keeley. 1996; Ember y Ember. 1997; LeBlanc y Register. 2004.

de la sociología primitiva, adopta una dimensión de universalidad"¹². Demostrando en varias situaciones etnográficas que la guerra no es causada por catástrofes naturales, ni por una lucha por recursos (en sociedades que son "de abundancia"), ni por un afán de conquista territorial o social (en sociedades que carecen de la necesidad e incluso del concepto de la conquista)¹³. Clastres encuentra la respuesta estructural en el nivel político-ideológico: la guerra es un mecanismo inherente a las sociedades sin Estado, como lógica que "previene" el surgimiento en el seno de la comunidad de un aparato o de un tipo de práctica estatal que suponga la división de la sociedad, la monopolización del poder en una persona o un grupo separado del resto de la comunidad. En este sentido, la guerra mantiene a la sociedad sin Estado en la indivisión interna (esta indivisión se define por la carencia de un órgano de poder político independiente).

Pero además, esta indivisión se enmarca en una identidad grupal de la comunidad, definida por su contraste con aquello que no es propio de la comunidad, con lo Otro, con lo extranjero, identidad que Marcelo Campagno redefine en términos de *parentesco*, como lógica que gobierna internamente a las sociedades sin Estado y que establece los "criterios de pertenencia (*parientes*) o de exclusión (*no-parientes*) de los individuos en relación con sus comunidades"¹⁴. La identidad es, en este sentido, sinónimo de autonomía, pero de una autonomía *dependiente* de la existencia del Otro, potencial (y a menudo real) enemigo¹⁵. La guerra ejerce, pues, una función externa con implicancias

12. Clastres, 1996 [1980; el artículo es de 1977], 186. El énfasis está en el original.

13. Baste recordar a los emblemáticos yanomami estudiados por Napoleon Chagnon, altamente belicosos, quienes no luchaban ni por territorios ni por recursos. Cf. Chagnon, 1968. Respecto del concepto de "sociedades de abundancia", cf. Sahlins, 1983 [1974]; Clastres, 1996 [1980], 135-151.

14. Campagno, 1998b, 40. La interpretación (o ampliación) que hace Campagno del razonamiento de Clastres en términos de parentesco nos parece del todo apropiada para los fines del presente trabajo, razón por la cual, sin extendernos (por razones de espacio) en las correspondientes delimitaciones conceptuales, integraremos el concepto de parentesco al aporte específico que hace Clastres sobre las sociedades sin Estado. Para un trato más amplio sobre esta cuestión, cf. Campagno, 1998a, 103-107.

15. Sahlins (1976, 245) postula que "el no parentesco es, ordinariamente, la negación de comunidad o tribalismo, y, por lo tanto, es a menudo sinónimo de «extranjero» y «enemigo»". A modo de ejemplo, el autor considera a los fijianos, quienes "consideran extraña a toda persona que no sea de su familia y, por consiguiente, como enemigo o víctima potencial", y para quienes, notablemente, "la expresión más común para referirse a la «paz» es «vivir como parientes»" (Sahlins, 1983 [1974], 140). Esto refleja un espacio interior de paz definido por la práctica

(y determinaciones estructurales) internas. Clastres plantea entonces un "estado de guerra permanente", estructural, que no supone una constante lucha armada: los enfrentamientos, las batallas, las emboscadas, la destrucción de casas, campos y bienes y los raptos de mujeres, se dan a intervalos regulares. La guerra se presenta, pues, como un mecanismo que no busca otro objetivo que remarcar la identidad del grupo y sostener su indivisión; es una condición y un refuerzo para la definición del grupo de parentesco como tal. Las modalidades de guerra en estas sociedades dan cuenta de ello: no hay conquista territorial, por lo general se produce la destrucción, más que el robo, de alimentos, y los ataques son seguidos de inmediatas retiradas¹⁶. Aquí suele entrar en el juego la cuestión del territorio, la infracción de fronteras. Clastres emplea el concepto de "unidad de hábitat", haciendo hincapié en una dimensión puramente ideológica del espacio (como se deduce también del trabajo del antropólogo Raymond C. Kelly¹⁷), dimensión en la cual un intruso lo es sólo desde la perspectiva de quien se encuentra en un lugar determinado en un momento determinado, y ve una "invasión" en la mera aparición de un extranjero en su campo de acción o incluso de visión, sin que el (pretendidamente) "invadido" se encuentre necesariamente en un "territorio" fijado u ocupado de modo permanente (en efecto, tal situación puede suceder entre sedentarios tanto como entre nómades). Al supuesto "invasor" se lo llega a acusar de "robar los recursos" de la comunidad, sólo por transgredir una frontera que no existe más que en la mente de quienes se sienten invadidos¹⁸. Lo crucial, en este sentido, es que el temor a la invasión refuerza la identidad parental que cohesiona la comunidad: la *exclusividad* del territorio es la *exclusión* del Otro de los derechos que pertenecen a la comunidad, al grupo de parientes.

Se deduce del razonamiento de Clastres que la guerra trasciende la barrera que divide a las sociedades sin "jefes" de las *sociedades de jefatura* o sociedades con "jefes". La guerra *atraviesa* ambos tipos de sociedades. Y en ambas so-

articuladora del parentesco, y un espacio externo de otredad y conflicto que, a su vez, determina por contraste la unidad del grupo de parentesco.

16. Cf. Keeley, 1996, 65, 99, 106-107; Campagno, 1998a, 108.

17. Cf. Kelly, 2000, 138-139.

18. Cf. Kelly, 2000, 138. De hecho, tales intrusiones pueden implicar que las dos sociedades involucradas en el mismo episodio se sientan mutuamente invadidas, pues para ellas no hay "nativos" e "intrusos" definidos por un territorio específico, sino que se trata de concepciones puramente sociales en las cuales el intruso siempre es el otro, y lo nativo se define por el propio grupo, y no por el territorio.

ciudades sigue rigiendo la misma lógica de la indivisión, del rechazo a la emergencia de un mecanismo de dominación política. En efecto, Clastres sigue (y corrige) a Sahlins en la definición del "jefe" como un líder *prestigioso*, que en ningún momento detenta el *poder*, el cual pertenece sólo a la comunidad como un todo. Plantea entonces la posibilidad, latente en toda sociedad sin Estado, de la introducción de un tipo de diferenciación social derivada de la misma práctica que la salvaguarda de la emergencia de un aparato estatal: la guerra¹⁹. Se trata de una diferenciación que no corrompe la indivisibilidad de la comunidad; la *guerra* (y el *parentesco*, si seguimos la interpretación de Campagno) mantiene a la comunidad en la indivisión aun cuando en su seno surja un guerrero que gane prestigio en el campo de batalla y se instituya como líder o "jefe" (con prestigio pero sin poder)²⁰. La dinámica propia de la comunidad impide que el líder guerrero se instituya como núcleo de un poder político independiente.

La emergencia de estos grupos diferenciados de "guerreros", detentadores (y constantes buscadores) de prestigio, definidos por su valentía y por sus hazañas militares, proporciona un importante punto de vista analítico para pensar el surgimiento de jefaturas en el valle del Nilo. Para ello, debemos recurrir a la evidencia arqueológica disponible acerca de guerras y debemos desentrañar todo posible vínculo entre tales guerras y la evidencia de liderazgo que ofrece el registro arqueológico.

Evidencia de guerra y de liderazgo en el valle del Nilo

En el valle del Nilo, tenemos evidencia de guerra desde muy temprana época. En el wadi Kubbania, al sur de Egipto, fue hallada la tumba de un hombre adulto de 20.000 años de antigüedad, cuyo esqueleto tenía incrustadas, en la zona del abdomen y en un brazo, puntas de proyectiles de piedra²¹. Más significativa aún es la evidencia de los sitios de la cultura paleolítica Qadan en

el valle del Nilo sudanés. El sitio 117, cercano a Jebel Sahaba, es un cementerio de entre 12.000 y 14.000 años de antigüedad que contiene 59 cadáveres de los cuales el 40% tiene, ya incrustadas en los huesos, ya dispuestas junto al cuerpo, puntas de proyectiles de piedra que indican una masiva muerte violenta²². Varias lesiones sin signos de regeneración ósea en buena parte de los cuerpos, sugieren que a algunas de las heridas sucedió directamente la muerte. En algunos casos (específicamente en varones adultos), múltiples heridas en un solo cuerpo señalan la existencia de varias batallas (o enfrentamientos) en los cuales se vio implicado el individuo a lo largo de su vida (son comunes las heridas cicatrizadas visibles en los antebrazos). Sumando a esto el hecho de que el cementerio contiene cuerpos de al menos dos generaciones de individuos implicados en este tipo de violencia extrema, podemos suponer que la guerra evidenciada en este punto del Sudán corresponde a un estado *recurrente* de guerra más que a un evento particular. Muchas de las tumbas del cementerio incluyen (en la misma tumba) a varios individuos fallecidos al mismo tiempo, y la presencia de cadáveres de niños muertos violentamente (todos ellos con golpes de ejecución en la cabeza y en la nuca) refuerza la evidencia de guerra²³.

Pero quizás lo más interesante de estos cementerios de la cultura Qadan es la presencia en ellos de un tipo de evidencia que vincula, en sociedades de pes-

22. Wendorf, 1968, 954-995; Hoffman, 1979, 90-99; Midant-Reynes, 1992, 68; Keeley, 1996, 37-38, 67; Kelly, 2000, 148-151; Gilbert, 2004, 73; LeBlanc y Register, 2004, 125; Otterbein, 2004, 74-75. Sobre el significado de este tipo de descubrimientos, cf. Lambert, 1997, 90-93. La autora sostiene que este tipo de evidencia es indicativa de contiendas, *raids* o guerras abiertas entre grupos sin una estrecha relación parental mutua (p. 91).

23. Cf. Keeley, 1996, 37. En palabras de Raymond C. Kelly (2000, 151), "*las muertes de niños como resultado de la violencia son [...] casi invariablemente indicativas de guerra*". La traducción es mía. Esta afirmación de Kelly se sostiene sobre la definición que el autor hace de la guerra. De acuerdo con Kelly, la violencia colectiva no es guerra excepto cuando implica, además del elemento colectivo, lo que él llama "substitución social": esto es, el surgimiento en el seno de la comunidad de "*los conceptos de injuria al grupo, responsabilidad del grupo para contraatacar, y obligación del miembro del grupo a retribuir [violencia con más violencia]*" (p. 6). Así, lo que aparece no es sólo la identidad social que cohesiona internamente a cada comunidad sino una *identificación* de las comunidades vecinas o rivales como *grupos*, de sus miembros como personificaciones del grupo, personificaciones mutuamente intercambiables, equivalentes. En este sentido, sostiene Kelly que "*la obligación de todo miembro del grupo para vengarse se hace evidente en el asesinato de niños. Sabemos (por analogías etnográficas) que los niños no cometen homicidio y no son asesinados como responsables de muertes anteriores. De todos modos, los niños son asesinados [...] en la guerra como miembros de un grupo responsable de muertes pasadas, de acuerdo con el principio de sustitución social*" (p. 150). Las traducciones son mías.

19. Clastres, 1996 [1980], 219-250.

20. Apunta Nielsen (1996, 380) que "*una situación de conflicto [...] propiciaria la concentración del poder [nosotros optamos por el término prestigio], creando condiciones para la emergencia de líderes (aquellos destacados en enfrentamientos o capaces de movilizar seguidores)*".

21. Wendorf y Schild, 1986. Cf. Midant-Reynes, 1992, 69-70; Keeley, 1996, 37; Otterbein, 2004, 73-74. Lambert (1997, 92) sostiene que "*las heridas más mortales son aquellas en el tórax y en el abdomen*", las cuales son clara evidencia de violencia con intención de asesinato y muy probablemente de guerra. La traducción es mía.

caidores y cazadores-recolectores con alto grado de belicosidad (que desconocen la producción agrícola y la especialización artesanal), la recurrente práctica guerrera con un tipo de liderazgo muy probablemente asociado a la guerra. Este vínculo es sugerido por la presencia, encima de unas pocas tumbas de dichos cementerios, de grandes cuernos de toros salvajes colocados deliberadamente, sugiriendo una asociación con las tumbas reales del Dinástico Temprano en Saqqara²⁴, que presentan el motivo decorativo de cuernos de toros estrechamente ligados con la simbología del rey de Egipto como "toro poderoso". Este término faraónico hace referencia específicamente al atributo *guerrero* del rey. *Ka* significa tanto *toro* como *fuerza vital*, y en estos términos tiene tanta relevancia lo *vital* como la *fuerza*. Y en el rey de Egipto, la fuerza es tanto su capacidad de *dar* vida como de *quitarla*. El rey es un guerrero, es un conquistador, y por ello es el garante del orden cósmico que subyuga al caos mediante su batalla cotidiana contra las fuerzas contrarias al orden (que son además lo *extranjero*)²⁵.

Se puede objetar que es arriesgado interpretar el simbolismo prehistórico a la luz de los más claros simbolismos *históricos* (y estatales) pero, sin embargo, considerando un mismo horizonte cultural, podemos considerar que el surgimiento de un Estado no solamente implica prácticas y símbolos nuevos sino también cierta continuidad. Como escribe Juan José Castillos, en Egipto "a lo largo de los milenios de su pasado faraónico se verificó una y otra vez que los habitantes del país procuraban reproducir en sus cementerios la situación social observable en el mundo de los vivientes, lo que hacía aceptable su extensión hacia atrás en el tiempo, con lo que de hecho, probamos que muchas de las prácticas funerarias, concepciones religiosas y organización social de la época histórica se habían originado mucho antes de la Primera Dinastía"²⁶. Ciertamente, al recurrir a evidencias de tiempos posteriores, es necesario hacerlo con cierta cautela. Ahora bien, así como los cuernos de toro en los cementerios de la cultura Qadan encuentran un paralelo tardío en las tumbas reales de Saqqara, los jefes predinásticos del valle del Nilo son simbolizados en la iconografía temprana con atributos (a menudo ligados a la guerra y a la cacería) que posteriormente formarán parte de los atributos del rey de Egipto, incluyendo como parte de la vestimenta una cola postiza (probablemente de toro) y siendo frecuentemente representados en escenas de guerra o

de cacería (práctica relacionada homológicamente, y en Egipto también simbólicamente, con la guerra). Así los paralelos se expanden, y las dudas comienzan a disiparse.

Jebel Sahaba y los sitios de la cultura Qadan con él emparentados suponen, pues, una situación de guerra recurrente socialmente aceptada y con un liderazgo bélico muy probablemente instituido (la identificación con el toro, y la asociación que nos permite hacer con la historia posterior, nos remite a un *cargo* o liderazgo instituido, definido por un término específico y por unos atributos del *cargo* y no del *individuo*). Pero ésta no es la única evidencia que relaciona tempranamente al liderazgo con la guerra. Los descubrimientos en otros sitios del valle, correspondientes a diversas épocas (algunas de ellas cercanas entre sí), nos advierten no sólo sobre la existencia de cierto estado de guerra en el valle, sino también sobre una función recurrente de los líderes o jefes prehistóricos como *guerreros*.

Antes de la emergencia de los Estados en el valle del Nilo, hallamos elementos que nos permiten pensar en la existencia de guerras recurrentes en las sociedades nilóticas prehistóricas. Por un lado, existen diversos tipos de armas (que corresponden a las categorías de *armas específicas de guerra* y *armas-herramientas* en el modelo de Gregory Gilbert²⁷ —mazas, dagas, escudos, hachas, arcos, flechas, lanzas, bumeranes, bastones, porras—) de los períodos Nagada I y II y de contextos arqueológicos aun anteriores, que fueron hallados en muchos sitios a lo largo del Nilo. La función bélica de tales armas puede ser establecida tomando en cuenta el uso militar que se hizo de dichos instrumentos durante la época faraónica, y la existencia, en varias ocasiones, de representaciones tempranas de personajes utilizando tales objetos en escenas de guerra (representaciones que son, a su vez, otro tipo de testimonios acerca de la existencia de conflictos)²⁸. Las evidencias de guerra en épocas aun anteriores en el valle del Nilo (el yacimiento de Jebel Sahaba en particular), también sugieren el uso bélico de las armas halladas en los contextos predinásticos.

27. Cf. Gilbert. 2004. 3.

28. Cf. el meticuloso trabajo de Gilbert. 2004, 33-72. Cf. también Vandier 1952, 62-230; Midant-Reynes. 1992. 112-200; Bard. 1992. 9-10; 1994. 20. 86. 100; Campagno. 2004a. 689-703. Sobre el uso de armas de caza para la guerra, cf. Keeley, 1996, 50-52; Ferguson. 1997, 325; Kelly. 2000. 136; LeBlanc y Register. 2004. 59. 90-91; Campagno. 2004a. 689. nota 1.

24. Hoffman. 1979. 91. 325.

25. Sobre la condición del rey como guerrero, cf. Bonhême y Forgeau. 1988. 188-235.

26. Castillos. 1997.

Por otro lado, hallamos en varios puntos del valle, al menos desde el 5500 a.C., restos humanos con lesiones que podrían ser indicativas de algún tipo de violencia (probablemente bélica), y también cadáveres mutilados depositados en tumbas que no han sido saqueadas²⁹. Las mutilaciones parecen indicativas, de un modo u otro, de algún contexto de guerra. Siguiendo la interpretación que hace de dichos agrupamientos de restos mutilados, evidencia de sacrificios humanos, no tardaríamos en concluir que, considerando la lógica del parentesco que domina en estas sociedades³⁰, esto sólo podría suponer sacrificios de extranjeros, *enemigos*, probablemente vencidos en el campo de batalla. Podría tratarse también de mutilaciones rituales, y en este caso no sería extraño que se tratara de cadáveres de enemigos vencidos³¹; en efecto, ciertas mutilaciones pueden sugerir tanto muerte violenta *en* la guerra, como mutilación mortuoria (ligada a la derrota) *después* de la guerra. Tampoco se debe descartar la práctica de recolección de trofeos de guerra³². En definitiva, como concluye Lawrence H. Keeley en base a estudios comparativos de numerosas sociedades registradas arqueológica y etnográficamente, "*desde una perspectiva arqueológica, los esqueletos mutilados suministran incontable evidencia de guerra prehistórica, dado que pocas sociedades mutilarían a sus propios muertos*"³³. Y cuando notamos tanto la presencia de cadáveres mutilados en tumbas "ricas" del período Predinástico (ya se trate de sacrificios humanos, recolección de trofeos de guerra, o mutilaciones rituales ligadas al resultado de una contienda bélica) como, especialmente, la evidencia de sacrificios humanos en las tumbas de los primeros reyes del período Dinás-

tico Temprano en Egipto³⁴, todo nos sugiere una relación de los jefes o miembros de la élite con el campo de batalla, con la guerra.

De índole algo distinta pero igualmente significativa es la evidencia iconográfica temprana de guerra hallada en distintos contextos del valle del Nilo. Por un lado tenemos un vaso decorado hallado en la tumba U-239 del cementerio U de Abidos, que data de Nagada Ic y presenta el motivo de un personaje ataviado con un tocado de plumas, una cola postiza y una maza con la cual, al parecer, se apresta a golpear a un grupo de prisioneros. Ciertamente, el motivo recuerda las escenas faraónicas en las cuales se presenta al rey victorioso golpeando a los enemigos vencidos en la batalla³⁵. Si bien ya hicimos referencia a la maza como arma de guerra, debemos agregar que además la hallamos identificada como un "artefacto de poder" (un símbolo de poder o liderazgo) tanto en el Predinástico como en tiempos estatales, lo que muestra claramente un tipo de relación entre el liderazgo y aquello que define la utilidad de la maza, es decir, la guerra³⁶. Más allá del motivo de la maza (que de por sí, sugiere un tipo de liderazgo bélico en Abidos en el período Nagada I), también la cola postiza del personaje resulta de interés aquí, dado que se trata de un atributo que suele calificar a las figuras de autoridad predinásticas y especialmente al faraón en época estatal, por medio de una vinculación con el universo de la caza y con el valor de cierto tipo de actividades vinculadas con la fuerza, la destreza y la capacidad de dirección estratégica que definen también a la práctica guerrera.

29 Sobre los restos humanos con lesiones, cf. Gilbert, 2004, 73-80. Sobre los cadáveres mutilados, cf. Vandier, 1952, 248, 250; Hoffman, 1979, 116, 124; Trigger, 1985 [1983], 51; Midant-Reynes, 1992, 179, 213-214; Campagno, 1998b, 27, nota 5; Gilbert, 2004, 73-80. También Ferguson, 1997, 323-324; LeBlanc y Register, 2004, 59-61, 63-64.

30. Sobre la evidencia del parentesco como articulador de las relaciones sociales en el registro arqueológico en el valle del Nilo, cf. Campagno, 1998b, 39-45. También Anderson, 1992, 62; Bard, 1992, 2, 15; Bard, 1994, 69; Savage, 2001, 119, 125-126; Reinold, 2001.

31. La evidencia etnográfica de este tipo de práctica es vasta. Cf. Keeley, 1996, 99-103.

32. Cf. Keeley, 1996, 99-103; Ferguson, 1997, 323; LeBlanc y Register, 2004, 59-60.

33. Keeley, 1996, 100. La traducción es mía. En muchas culturas se cree que un trato inadecuado del cuerpo de un pariente muerto afecta al espíritu que habitó el cuerpo, y esto puede afectar negativamente a la propia comunidad. Hay una fuerte identidad comunitaria y parental que define el universo de creencias de estas comunidades, y que (como hemos ya planteado) se define por un contraste con lo extranjero, al punto de permitir (y hasta estimular) la mutilación de los cadáveres de los no-parientes.

34. Cf. Hoffman, 1979, 124. Cf. también Cervelló Autuori, 1996, 204-207.

35. Cf. Dreyer *et. al.*, 1998, 84, 111-115; Campagno, 2003, 36. Cf. también Fig. 1.

36. Hoffman, 1982, 145. Cf. Campagno, 2003, 35-36; Cervelló Autuori, 1996, 197, nota 71; Gilbert, 2004, 39. Al respecto, sostiene Campagno que "*las mazas podrían haber constituido [un] elemento para destacar la autoridad de los tempranos jefes predinásticos del valle del Nilo, las cuales, en virtud de su posible función bélica [...], podrían expresar las condiciones de liderazgo*" (Campagno, 2003, 36). La presencia de cabezas de maza en diversas tumbas del período prehistórico a lo largo del valle, por su parte, puede sugerir, de acuerdo con su identificación como "artefactos de poder", el reconocimiento, en dichos enterramientos, de líderes asociados a una práctica bélica (Cf. Vandier, 1952, 125, 170, 340-341; Hoffman, 1982, 145; Midant-Reynes, 1992, 125, 128, 172, 183; Bard, 1994, 20, 86, 100; Reinold, 2001, 2-10; Campagno, 2003, 35-36; Gilbert, 2004, 35-41). Resulta de interés que en un informe presentado en el Simposio de Poznan (Polonia) del año 2000, L. Krzyzaniak subrayó la existencia aparentemente exclusiva de cabezas de maza en enterramientos del Neolítico de Jartum (V milenio a.C.) en Kadero, en el Sudán Central, ajuar único que evidenciaría el especial valor simbólico (además de material) de las mazas en dicha sociedad.

Este tipo de representación que vincula liderazgo, violencia bélica y prisioneros, puede ser hallado también en otros objetos relevados por la arqueología. Uno de ellos es el vaso E3002 de Bruselas, contemporáneo al de la tumba U-239 de Abidos, en el que aparece el motivo de un personaje con los brazos levantados, destacado por su atavío (plumas en la cabeza, cola postiza) y por su tamaño, que sostiene por sus cuellos, con un lazo o una soga, a una serie de aparentes cautivos³⁷. Lo sugerente de este motivo es que muestra a los prisioneros en estrecha relación (de violencia) con un personaje que es presentado con atributos de prestigio, como son su indumentaria y su tamaño, lo cual —como vimos— es apreciable también en el vaso de la tumba U-239. Por otro lado, el tejido de Gebelein, un lino pintado que puede ser datado hacia Nagada II aunque también se ha argumentado que podría remontarse a Nagada Ic³⁸, contiene la imagen de un probable prisionero atado de manos, esta vez en la cabina de un barco, con lo que parece ser una maza suspendida sobre su cabeza. En un barco contiguo hay representado un personaje sentado sobre lo que parece ser un trono, sosteniendo una especie de mayal y ataviado con alguna clase de corona³⁹. Nuevamente la maza, el prisionero y el jefe conforman una composición que sugiere una ligazón entre liderazgo y guerra hacia fines de Nagada I. También una estatuilla de arcilla temprana representa a un prisionero (probablemente de origen nubio) con las manos atadas detrás de la espalda, que sugiere claramente un prisionero de guerra de época prehistórica⁴⁰.

Por otro lado, tenemos cierta evidencia de la existencia temprana de murallas de carácter muy probablemente defensivo en el valle del Nilo. En Abadiya se halló un modelo en arcilla del período Nagada I de lo que parecen ser dos personajes apostados detrás de una muralla por encima de la cual parecen estar mirando o vigilando. Algunos autores califican a estos personajes como guerreros. En Nagada, por su parte, se hallaron los restos de lo que podría haber sido una muralla defensiva⁴¹. Si bien la identificación de murallas con un objetivo defensivo y, por ende, con la existencia de guerra, no debe ser automá-

tica, la situación predinástica del valle sugiere que dichas murallas difícilmente podrían haber tenido otra función.

Hallamos evidencia más explícita de guerra y liderazgo en contextos más tardíos, a veces incluso estatales, fundamentalmente en paletas y otros objetos decorados y en inscripciones en tumbas o rupestres. De singular importancia es la evidencia de la Tumba 100 de Hieracópolis⁴². La pintura hallada en esta tumba es uno de los más claros ejemplos predinásticos (aunque ya probablemente estatal) de guerra y liderazgo en la iconografía del valle del Nilo. En ella se encuentran motivos que se harán frecuentes en la iconografía regia egipcia (por ejemplo, el individuo dominando a dos animales salvajes, el guerrero/rey golpeando a los enemigos vencidos, el rey sentado debajo de un dosel). Las escenas bélicas en esta pintura son muy significativas. También lo son, por ejemplo, las escenas talladas en el mango del cuchillo de Gebel el-Arak, en las cuales tenemos por un lado una formidable batalla entre hombres armados con mazas y cuchillos y en la cual parecen participar ciertas embarcaciones (que a su vez nos pueden remitir a los barcos pintados en la Tumba 100 de Hieracópolis)⁴³, y por otro lado tenemos nuevamente la escena del hombre dominando a dos animales salvajes⁴⁴. Estas imágenes de guerra y de liderazgo bélico refuerzan nuestra visión de una sociedad altamente belicosa en el valle del Nilo, antes, durante y después del surgimiento del Estado o de los Estados del valle.

Si hicimos previamente hincapié en la cuestión etnográfica, fue precisamente porque hemos considerado que a partir del estudio de las sociedades registradas etnográficamente podemos aproximarnos a una comprensión del funcio-

42. Cf. Vandier, 1952, 561-571; Williams y Logan, 1987, 253-255; Kemp, 1992 [1989], 51-52, 62, 64; Cervelló Autuori, 1996, fig. 29; Wilkinson, 2000, 384.

43. Sobre los barcos en estrecha relación con la guerra desde temprana época en Egipto, cf. Martínez Babón, 1999; Gilbert, 2004, 26.

44. Sobre las escenas del hombre dominando animales como representación iconográfica de una idea egipcia de contención del desorden en términos cósmicos y políticos, cf. Kemp, 1992 [1989], 61-69. El tema de la contención del desorden halla sus raíces en una situación de conflicto. Esta situación puede tener existencia histórica, y la figura del hombre conteniendo el desorden puede representar a un líder o guerrero conteniendo al enemigo (caos) extranjero, o poniendo orden (mediante la victoria) en una situación de guerra (es decir, conflicto, desorden). La imagen del hombre dominando animales, pues, puede ser indicativa de un liderazgo asociado a la guerra, y de la existencia de guerra (real o potencial). Sobre la aparición de este tipo de escenas en grabados rupestres del Sahara prehistórico, cf. Cervelló Autuori, 1996; Campagno, 2004b, 54, 56.

37. Cf. Vandier, 1952, 287; Gilbert, 2004, 94. Cf. también Fig. 2.

38. Cf. el trabajo presentado por E. Nowak en el Simposio de Poznan (Polonia) del año 2003.

39. Cf. Williams y Logan, 1987, 255-256, 279 (fig. 15); Wilkinson, 2000, 384-385.

40. Cf. Vandier, 1952, 434, fig. 292.

41. Sobre el modelo de Abadiya, cf. Hoffman, 1979, 148; Trigger, 1985 [1983], 56; Campagno, 2001, 22; Gilbert, 2004, 97-98. Sobre la muralla de Nagada, cf. Bard, 1994, 77; Campagno, 2001, 22.

namiento de las sociedades prehistóricas del valle⁴⁵. Y este estudio nos sugiere que debemos prestar mayor atención a la evidencia arqueológica de guerra como punto inicial de una comprensión más profunda del papel de dicha práctica en las sociedades sin Estado del valle del Nilo.

A modo de conclusión

Ahora bien, remitiéndonos no sólo a la evidencia etnográfica sino también a la evidencia arqueológica del valle del Nilo prehistórico y a ciertas reminiscencias históricas, notamos que los jefes de las sociedades de jefatura que hallamos en el valle del Nilo, particularmente desde los periodos Nagada I (4000-3500 a.C.) y Nagada II (3500-3200 a.C.), están estrechamente ligados a la guerra. A partir de esta observación, notamos que hay lugar para pensar que la guerra pudo haber tenido un papel *socialmente* importante en dichas sociedades.

Es necesario recordar que el estudio del valle del Nilo prehistórico es el estudio de situaciones específicas, no siempre conectadas entre sí, que suponen distintas trayectorias posibles. Y quizás sería arriesgado proponer una alternativa para la emergencia de jefes en el valle que tome como principal variable a la guerra, considerando la escasa y dispersa evidencia de guerra existente para el periodo; sin embargo, suponer el surgimiento de una *élite administrativa* ligada a la producción agrícola o artesanal y a una tarea administradora en el Alto Egipto resulta igualmente arriesgado, dado que hay idéntica escasez de evidencia, con la diferencia de que no existe iconografía temprana que asocie a un líder o a un grupo de élite con la práctica redistribuidora o agrícola y, en cambio, existe una considerable cantidad de escenas iconográficas tempranas de líderes venciendo a enemigos o dominando las fuerzas del caos simbolizadas por animales salvajes. Es más probable, pues, que una élite ya surgida se encargara de administrar los recursos, que la eventualidad de que el jefe *surgiera* de esta actividad. No explican quienes sostienen la hipótesis de la élite

45. El profesor Flinders Petrie tempranamente vislumbró la viabilidad de trabajar combinando los resultados de investigaciones etnográficas con los descubrimientos arqueológicos. En su "Historia de Egipto" esbozó una deliberada comparación entre las sociedades egipcias predinásticas y las tribus maories de Nueva Zelanda. Y lo que significativamente destacó en esta comparación fue la común "hostilidad entre las tribus", visible entre los maories a partir del registro etnográfico, y entre los pobladores predinásticos del valle del Nilo a través de una interpretación antropológica del registro arqueológico (Petrie, s/f [1894-1905], 6).

administradora cómo en el valle una persona se convirtió en administrador y, así, en líder o jefe. ¿Quién y por qué se convierte en jefe-administrador? La guerra (más aún que la cacería) supone otra clase de actividad, con otra dinámica (transformadora) que, como demuestran Maurice Godelier para los baruya de Nueva Guinea, Pierre Clastres para las sociedades del Gran Chaco y Marvin Harris para los siuai de las Islas Salomón, puede elevar socialmente a una persona por su éxito, su destreza o su vigor⁴⁶. No siempre estos "líderes" guerreros devienen líderes de la comunidad, pero no es poco común que esto suceda (como de hecho demuestran Harris y Godelier), y la evidencia que procede de un buen número de jefaturas del valle del Nilo predinástico (los jefes comúnmente asociados a escenas de guerra) permite inferir o al menos *sugerir* esta asociación específica entre líderes guerreros y jefes.

La evidencia del cementerio de Jebel Sahaba es muy anterior a la emergencia (inferida desde el registro arqueológico disponible) de las jefaturas del Alto Egipto. Sin embargo, a nuestros efectos, resulta esclarecedora acerca de la *preexistencia* de la guerra respecto del surgimiento de las jefaturas en el valle. Si bien esos testimonios provienen de una región distante respecto del Alto Egipto, permiten pensar en la *posibilidad* de que también en esta región haya tenido lugar un tipo de violencia similar, con precedencia a la aparición de jefaturas. Si tal fuera el caso, dicha violencia podría relacionarse con la emergencia de los líderes instituidos, evidenciados en el registro arqueológico desde el periodo Nagada I (y más profundamente en Nagada II), que serán tan a menudo identificados (en sus enterramientos y en la iconografía) con la actividad bélica y con la destreza y el valor en la cacería de animales salvajes (animales que en el periodo histórico y también a fines del Predinástico representarán, en muchas ocasiones, a las fuerzas del caos y a los enemigos).

Las investigaciones de los antropólogos nos permiten aventurar el carácter estructural de la guerra en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico. Dichas sociedades, articuladas por el parentesco, emplean la guerra como instrumento que define su propia interioridad e indivisión al reforzar el contraste con el exterior, el extranjero el *enemigo*. Este estado de guerra se

46. Godelier, 1986 [1982], 128-137, 196-224; Clastres, 1996 [1980; el artículo es de 1977], 219-247; Harris, 1986, 89-91. Cf. Meillassoux, 1984 [1975], 50; Keeley, 1996, 43; LeBlanc y Register, 2004, 180-181. Campagno apunta que "...el carácter recurrente que las guerras parecen haber tenido durante Nagada II podría haber consolidado la posición de esos líderes [guerreros], aun cuando su aparición hubiera estado ligada únicamente a la eventualidad de la lucha militar" (Campagno, 2003, 40).

verá intensificado por migraciones que, contrario a lo que se podría pensar, no generan competencia por tierras o recursos, sino que desencadenan enfrentamientos por aquello que Clastres definió como "unidad de hábitat", una percepción propia de estas comunidades que ven el "espacio" como propio y al extranjero como enemigo e invasor, aun cuando ninguno de los dos grupos enfrentados esté establecido en un territorio fijo real. Esta percepción, según demuestra Kelly (y, en cierto modo, aplica Gilbert a las sociedades del Egipto paleolítico), asume la supuesta "invasión" (es decir, la aparición de un grupo no-pariente en el campo de acción o de visión propio) como el "robo de recursos de la comunidad". Tal situación genera conflictos que toman la forma de batallas o emboscadas y que, a su vez, refuerzan la identidad parental interna. Este tipo de práctica pudo elevar a aquellos guerreros destacados en el campo de batalla, a una posición de prestigio que bien pudo extenderse a los momentos de paz (situación que Godelier percibe entre los baruya de Nueva Guinea), convirtiéndolos en "jefes" que con su acción guerrera preservarían la indivisión interna de la comunidad y su autonomía respecto al exterior, respecto al caos que representa el extranjero. Este papel vital del líder guerrero devenido jefe, nos lleva inevitablemente a pensar en el rol del faraón como garante del orden terrenal y del orden cósmico universal en su lucha contra el caos representado por lo extranjero, y nos predispone a pensar en un origen prehistórico del rol esencialmente guerrero del faraón.

Partiendo, pues, de la existencia (evidenciada) de guerra en el valle del Nilo prehistórico, podemos conjeturar que los movimientos acaecidos hacia los años 6000-5000 a.C. de traslado de grupos de cazadores de los desiertos oriental y occidental al valle (repelidos por la aridez que fue convirtiendo a la sabana en desierto)⁴⁷, generaron un contacto de índole conflictiva entre estos cazadores y los habitantes del valle. Pero el conflicto no habría sido producto de una lucha por recursos o por territorio, situación altamente improbable en las amplias y fértiles tierras del valle; más bien se habría debido a la concepción que estas sociedades tendrían del mundo y del territorio, una visión del Otro como enemigo y como intruso que habría generado una situación de mutua hostilidad. La guerra se presentaría, pues, como una estructura de la sociedad, simplemente materializada por los contactos generados por la movilidad en tiempos de migraciones derivadas de cambios climáticos, contactos que podrían explicar, en sus resoluciones bélicas, el surgimiento de liderazgos instituidos, de sociedades de jefatura.

47. Cf. Hoffman, 1979, 239-243; Hassan, 1988, 144-147; Bard, 1994, 24-25.

Bibliografía

- ANDERSON, W. Badarian Burials: Evidence of Social Inequality in Middle Egypt During the Early Predynastic Era. En: *Journal of the American Research Center in Egypt* 29, 1992, pp. 51-66.
- BARD, K.A. The Evolution of Social Complexity in Predynastic Egypt: An Analysis of the Naqada Cemeteries. En: *Journal of Mediterranean Archaeology* 2, 1989, pp. 223-248.
- BARD, K.A. Toward an Interpretation of the Role of Ideology in the Evolution of Complex Society in Egypt. En: *Journal of Anthropological Archaeology* 11, 1992, pp. 1-24.
- BARD, K.A. *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1994.
- BONHÉME, M.-A. y FORGEAU, A. *Pharaon. Les secrets du Pouvoir*, Paris, Armand Colin, 1988.
- CAMPAGNO, M. Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después. En: *Boletín de Antropología Americana* 33, 1998a, pp. 101-114.
- CAMPAGNO, M. *Surgimiento del Estado en Egipto: Cambios y continuidades en lo ideológico*, Colección Estudios - Nueva Serie 6, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1998b.
- CAMPAGNO, M. Parentesco, intercambios, conflictos. Consideraciones sobre el surgimiento del Estado en Egipto. En: DANERI RODRIGO, A. (ed.), *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo Oriental (IV-I milenio a.C.)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp. 13-31.
- CAMPAGNO, M. Consideraciones sobre la organización sociopolítica anterior al advenimiento del Estado en el valle del Nilo. En: *Antiguo Oriente* 1, 2003, pp. 25-54.
- CAMPAGNO, M. In the beginning was the War. Conflict and the emergence of the Egyptian State. En: HENDRICKX, S., FRIEDMAN, R.F., CIAŁOWICZ, K.M., CHŁODNICKI, M. (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt" (Kraków 28th August - 1st September 2002)*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Leuven, Brill, 2004a, pp. 689-703.

- CAMPAGNO, M. Próximos y distantes: Egipto y África, del Período Predinástico al Reino Antiguo. En: FLAMMINI, R. (comp.), *Aproximación al Antiguo Egipto*, Buenos Aires, EDUCA, 2004b, pp. 51-80.
- CASTILLOS, J.J. Estudios cuantitativos de cementerios prehistóricos. En: *Actas del IX Congreso Uruguayo de Arqueología*, Colonia, 1997.
- CERVELLO AUTUORI, J. *Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, Aula Orientalis-Supplementa 13, Sabadell, AUSA, 1996.
- CHAGNON, N. Yanomamo Social Organization and Warfare. En: FRIED, M., HARRIS, M. y MURPHY, R. (eds.), *War*, New York, Natural History Press, 1968, pp. 109-159.
- CLASTRES, P. *Investigaciones en Antropología Política*, Barcelona, Gedisa, 1996 [1980].
- DREYER, G., HARTUNG, U., HIKADE, Th. y KÖHLER, E.C. Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 9./10. Vorbericht. En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 54, 1998, pp. 77-167.
- EMBER, C.R. y EMBER, M. Violence in the Ethnographic Record: Results of Cross-Cultural Research on War and Aggression. En: MARTIN, D.L. y FRAYER, D.W. (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 1-20.
- FATTOVICH, R. Remarks on the Dynamics of State Formation in Ancient Egypt. En: *Wiener Beiträge zur Ethnologie und Anthropologie* 1, 1984, pp. 29-78.
- FERGUSON, R.B. Violence and War in Prehistory. En: MARTIN, D.L. y FRAYER, D.W. (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 321-355.
- GILBERT, G.P. *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, BAR International Series 1208, Oxford, Archaeopress, 2004.
- GODELIER, M. *La producción de Grandes Hombres. Poder y dominación masculina entre los Bariya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal, 1986 [1982].
- HARRIS, M. *Canibales y reyes*, Barcelona, Salvat, 1986.
- HASSAN, F. The Predynastic of Egypt. En: *Journal of World Prehistory* 2, 1988, pp. 135-185.

- HOFFMAN, M.A. *Egypt Before the Pharaohs*, Nueva York, Barnes & Noble, 1979.
- HOFFMAN, M.A. *The Predynastic of Hierakonpolis*, Egyptian Studies Association Publication 1, Cairo, Cairo University Herbarium, 1982.
- JORGENSEN, J. *Western Indians*, San Francisco, Freeman, 1980.
- KEELEY, L. H. *War Before Civilization*, Oxford, Oxford University Press, 1996.
- KELLY, R.C. *Warless Societies and the Origin of War*, Michigan, University of Michigan Press, 2000.
- KEMP, B.J. *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 1992 [1989].
- LAMBERT, P.M. Patterns of Violence in Prehistoric Hunter-gatherer Societies of Coastal Southern California. En: MARTIN, D.L. y FRAYER, D.W. (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*, Amsterdam, Gordon and Breach Publishers, 1997, pp. 77-109.
- LEBLANC, S.A. y REGISTER, K.E. *Constant Battles: Why We Fight*, New York, St. Martin's Griffin, 2004.
- MARTINEZ BABÓN, J. Consideraciones sobre la Marina y la Guerra durante el Egipto Faraónico. En: *Revista Internacional d'Humanitats* 2, 1999. <http://www.hottopos.com.br/rih2/egipto.htm>
- MEILLASSOUX, C. *Mujeres, graneros y capitales*, Madrid, Siglo XXI, 1984 [1975].
- MIDANT-REYNES, B. *Préhistoire de l'Égypte. Des premiers hommes aux premiers Pharaons*, Paris, Armand Colin, 1992.
- NIELSEN, A. Demografía y cambio social en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21, 1996, pp. 307-354.
- OTTERBEIN, K.F. *The Evolution of War: A Cross-Cultural Study*, New Haven, HRAF Press, 1989.
- OTTERBEIN, K.F. *How War Began*, College Station, Texas A&M University Press, 2004.
- PETRIE, W.M.F. Egipto. En: AA.VV., *Historia de las Naciones I*, Barcelona, Seguí, s/f [1894-1905], pp. 1-69.

- REINOLD, J. Kadruka and the Neolithic in the Northern Dongola Reach. En: *Sudan & Nubia* 5, 2001, pp. 2-10.
- ROSS, M. Political Decision Making and Conflict: Additional Cross-Cultural Codes and Scales. En: *Ethnology* 22, 1983, pp. 169-192.
- SAHLINS, M. Economía tribal. En: GODELIER, M. (ed.), *Antropología y economía*. Barcelona, Anagrama, 1976, pp. 233-259.
- SAHLINS, M. *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal, 1983 [1974].
- SAVAGE, S. Some Recent Trends in the Archaeology of Predynastic Egypt. En: *Journal of Archaeological Research* 9, 2001, pp. 101-155.
- TRIGGER, B.G. Los comienzos de la civilización egipcia. En: TRIGGER, B.G., KEMP, B.J., O'CONNOR, D. y LLOYD, A.B., *Historia del Egipto Antiguo*, Barcelona, Crítica, 1985 [1983], pp. 15-97.
- VANDIER, J. *Manuel d'Archeologie Égyptienne*, Paris, Editions A. et J. Picard, 1952.
- WENDORF, F. Site 117: A Nubian Final Paleolithic Graveyard near Jebel Saha-ba, Sudan. En: WENDORF, F. (ed.), *The Prehistory of Nubia* 2, Dallas, Southern Methodist University Press, 1968, pp. 954-995.
- WENDORF, F. y SCHILD, R. *The Wadi Kubbania Skeleton: A Late Paleolithic Burial from Southern Egypt*, Dallas, Southern Methodist University Press, 1986.
- WILKINSON, T.A.H. Political Unification: Towards a Reconstruction., En: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 56, 2000, pp. 377-395.
- WILLIAMS, B.B. y LOGAN, T.J. The Metropolitan Museum knife handle and aspects of Pharaonic imagery before Narmer. En: *Journal of Near Eastern Studies* 46, 1987, pp. 245-285.

Figuras

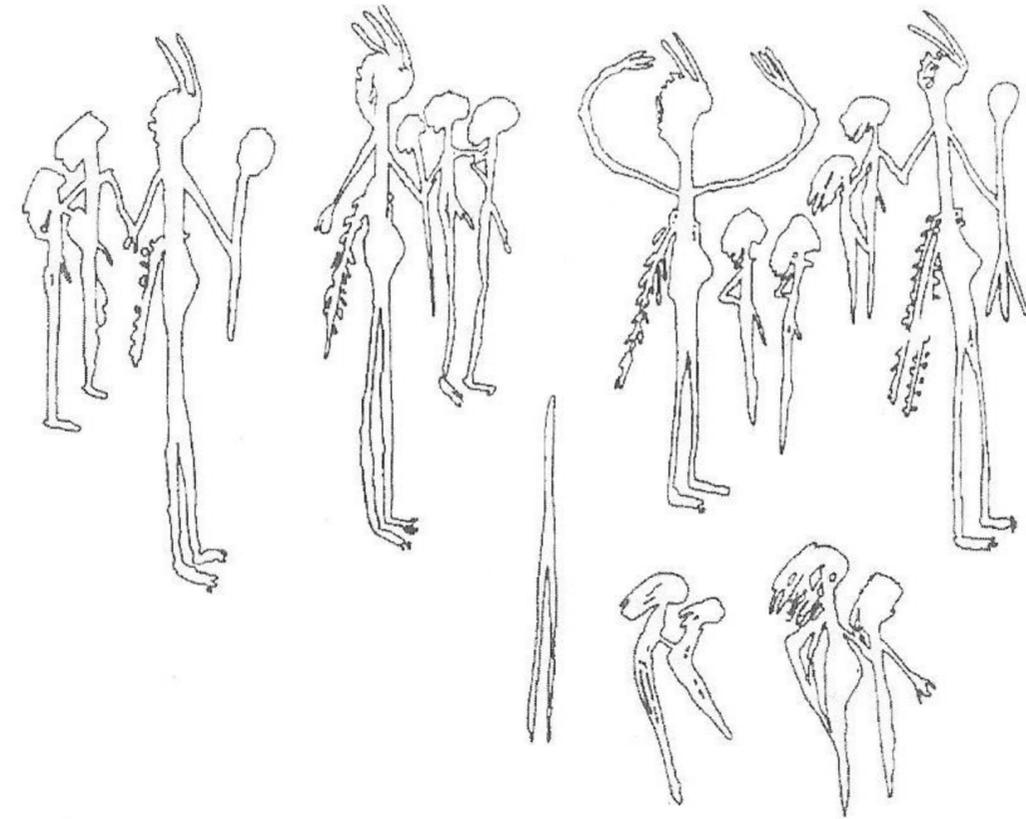


Fig. 1. Decoración del vaso U-239 del Cementerio U de Abidos (Dreyer et al., 1998, 114)

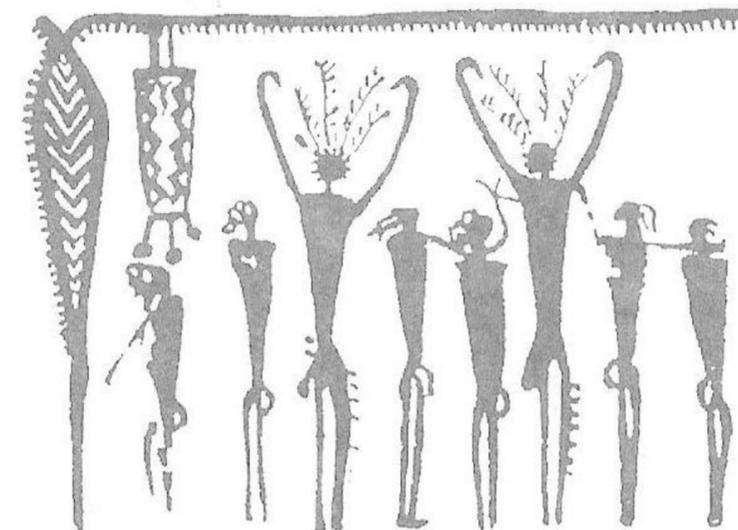


Fig. 2. Decoración del vaso E3002 de Bruselas (Vandier, 1952, 287)